

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Jackson Veyán.)



—Trabajo de tal manera
que podría ser más rico
que un nabab... si no tuviera
por cada comedia un chico.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Á que no?, por Eduardo Bustillo.—¿Para una paleta? ¡No!, por Juan Pérez Zúñiga.—Plutarquillo: Biografías de personajes célebres. Fabricio, por Vital Aza.—Por si acaso, por José Jackson Veyán.—Desdichas humanas, por Sinesio Delgado.—Coplas, por Manuel Lassa y Nuño.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: José Jackson Veyán.—Los escándalos municipales (cuatro viñetas).—Plutarquillo (siete viñetas), por Cilla.



CUENTOS DE MI TIEMPO

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Acaba de ponerse á la venta en la Administración del MADRID CÓMICO y principales librerías esta nueva obra de nuestro distinguido colaborador. Forma un tomo de cerca de trescientas páginas y se vende á 3,50 pesetas cada ejemplar.

Serviremos en el acto cuantos pedidos se nos hagan.

Los señores corresponsales y libreros deben dirigirse á la Administración de este periódico. Descuento del 35 por 100, franco de porte.



DE TODO UN POCO

Á «CLARÍN»

Confieso, mi querido amigo, que he exagerado la nota cuando en uno de mis artículos aludía á las escaseces que sufre en este país el escritor público.

Estoy conforme también en que no debemos lamentarnos de nuestra suerte, para no dar

ocasión á que se nos tenga en poco y se nos escatime el precio de nuestro trabajo. Usted, que discurre con gran rectitud de juicio y conoce profundamente el «corazón humano» de los editores, viene en esta ocasión á hacerme entender que no estoy en lo firme, y le agradezco con toda el alma la justísima advertencia... pero, créame usted, querido amigo, á mí me faltan todos los meses veinticinco duros para saldar mis cuentas.

¿Que si derrocho? ¿Que si gasto en cosas superfluas? No, señor. Como lo necesario para no sentir mareos; tengo mis prendas de abrigo para no constiparme y mi ropita negra para los días solemnes; fumo de lo peor, y estoy tan alejado del juego y sus horrores, que ni siquiera conozco la marcha de la brisca.

No derrocho, créame usted, y la única cantidad relativamente crecida que he tenido que desembolsar en este mundo, se la ha llevado una bicicleta para mi hijo, que se me había vuelto lo o con el sport de moda y estaba á punto de morirse me en un rincón montado en una silla.

Usted conoce la vida de Madrid; usted no ignora que todo se ha puesto por las nubes, y sabe también que yo me voy todos los veranos á tomar el aire y á buscar, á orillas del Océano, un poco de salud para mí y mi familia.

Sin este remiendo anual que nos echamos los de casa, estaríamos á estas horas flacuchos y macilentos, gastando en hipofosfitos más de lo que produce mi labor diaria, y aun es posible que yo hubiese pasado á mejor vida, porque ya sabe usted que nunca me he distinguido por mis buenas carnes ni por la robustez de mi complexión.

Estos viajes y aquellos gastos de que antes hablaba se me

llevan la hacienda, y yo trabajo, trabajo sin cesar, para que engorde el casero y el de la lonja de ultramarinos y el que vende el carbón y el que despacha la carne...

Malo es descubrir las escaseces, porque siempre ha sido la «humildad causa de menosprecio»; pero, por mucho tono que quisiera darme, poco ó nada adelantaría.

Usted ya es otra cosa: usted tiene perfecto derecho á exigir por sus trabajos lo que juzgue equitativo, que al fin es usted un escritor de lo poco que hay y los periódicos se dan por muy satisfechos al insertar sus producciones; pero yo...

Es cierto que algunas personas vienen á pedirme colaboración—porque hay gente para todo;—pero ¡si viera usted qué cara ponen los que solicitan mis artículos cuando les pido más de veinticinco pesetas por cada uno!...

—¡Caramba! El caso es que se trata de un periódico que empieza á publicarse ahora... Hay que hacer un sacrificio... Tenemos muchos gastos...

—Pues yo no escribo por menos.

—Mire usted: D. Severino del Moralete, á quien usted conocerá, nos cobra cincuenta reales por cada artículo y siempre nos da tres ó cuatro sueltos de balde.

—Pues que le escriba á usted D. Severino.

—Es que también queremos la firma de usted... ¡Vaya! ¡Pón gase usted en la razón!

Y tratan de ajustar mis artículos como si fueran repollos.

Hasta hay quien busca cartas de recomendación para que haga alguna rebaja en el precio, y no hace mucho vino á verme un joven y me dijo:

—Necesitamos que usted escriba en un periódico próximo á publicarse.

—No puedo servir á usted, porque estoy muy ocupado.

—Es que yo soy cuñado de la señora de Higadillo, á quien usted conoce mucho.

—Sí, señor; es de mi pueblo.

—Y dice que cuando era usted chiquitín, ella le fajaba y le untaba á usted las enciitas con aceite de almendras dulces.

—Es cierto; yo he padecido mucho con la dentadura.

—Pues en ese caso no puede usted negarse á escribir en un periódico que viene á ser de su familia, como quien dice... Por supuesto, yo no puedo pagar mucho, porque al principio todos son gastos; pero á usted le daré, por excepción, veinticinco pesetas, diez en dinero y las otras quince en grano.

—¿Cómo en grano?

Sí, señor; yo tengo almacén de granos y semillas, y me conviene más pagar en género. Usted recibe el grano, y después lo vende.

En fin, querido amigo, con ser yo uno de los escritores á quienes buscan los empresarios de periódicos, puedo asegurar á usted que no he podido elevar la cuota por más que he hecho. Ahora eche usted la cuenta de los artículos que escribo cada mes y de la cantidad que por ellos cobro, y se convencerá de que tengo un saldo mensual en contra de veinticinco duros.

Quizás digan á usted mis detractores que despilfarro mi dinero porque tengo capa y *mackferland*, cuando con una de las dos prendas podría pasarlo perfectamente; pero yo sé lo que me hago: el *mackferland* es una prenda que dignifica al hombre y lo eleva.

Antes de hacerme el *mackferland*, si tenía que ir á una oficina, los porteros me cerraban el paso; si á uno de nuestros coliseos, me pedían el billete los de la puerta; si al registro civil, me molestaban los alguaciles. Ahora, siempre que deseo evacuar una diligencia, me pongo el *mackferland*, y todas las puertas se me abren y todas las cabezas se me inclinan.

Estos desembolsos, que parecen superfluos, no lo son, y realizo otros que excitan las censuras de mis amigos y son tanto ó más necesarios que aquéllos, porque cada uno se entiende y baila solo.

Créame usted, amigo *Clarín*, que, aunque sea imprudente confesarlo y aunque usted tiene mucho talento y aconseja usted con gran cordura, á mí me faltan veinticinco duros todos los meses para saldar mis cuentas.

Le quiere á usted mucho y le da mil millones de gracias por la buena acogida que ha dispensado á su libro *Cursilones* su siempre cariñoso y buen amigo

Luis Taboada.

¿A que no?

Dícese que un marqués, ó conde ó duque,
en fin, un personaje, un gran señor,
ha empezado á sacar á la vergüenza
de toda la nación
á hombres que aquí, en Madrid, en el Concejo,
tienen *propter honorem* voto y voz,
y han mostrado que estiman *su negocio*
mucho más que su honor.
El gran denunciante de *chanchullos*
es todo un valentísimo varón
que cita, con los hechos, los testigos,
todos hombres de pro.
Ex-alcaldes, ministros, generales,
han de llevar al juez su información;
hablarán el fiscal y las defensas,
se armará un ruido atroz.
Mas si salen verdad esos delitos,
como otros que vió claros la opinión,
¿veremos esta vez el escarmiento?...
Y yo digo: *¿á que no?*

Por ahí se habla también de cierta herencia,
que, por lo menos, pasa de un millón,
de la cual se señala á un caballero
como á un... usurpador.
Dicen que también vota en el Concejo,
y que en la susodicha usurpación
hubo partidas falsas de bautismo,
hechas con gran primor.
Y claman los presuntos herederos
y denuncian despojo tan feroz,
sacando á relucir á varios cómplices,
que forman un montón.
Á la curia eclesiástica nos tachan,
—lo cual, si es con verdad, es un horror,—
y al escribano, al juez...—lo de los jueces
es ya repetición.
Y con esto tendremos otro escándalo
y un proceso que dure un año ó dos...
Pero ¿en presidio á todo delincuente?
Lo repito: *¿á que no?*...

Eduardo Bustillo.

¿PARA UNA PALETA? ¡NO!

(Á MI CAPRICHOSA SOBRINA REMEDIOS FUERTES)

¿Conque me pides coplitas,
cara sobrina Remedios,
de esas que á empujones salen
de mi acorchado cerebro,
para una paleta artística
que en tu gabinete has puesto
colgada de un clavo y llena
de dibujos y de versos,
así como otras las piden
para álbumes pintorescos,
ó guitarras manuscritas,
ó abanicos *indiscretos*?
¡Coplitas para una paleta!...
Perdona si te las niego,
pues me pillas dado á todos
los demonios del infierno.
¿Que por qué razón? Porque hace
seis días que en casa tengo
una paleta, una prima
carnal (de carne con hueso)
que ha venido á los Madriles
de sopetón y de Meco,
y en los seis días me ha dado
seis mil disgustos lo menos.
¡Qué paleta! Con parientes
y vecinos me ha indispuerto
á fuerza de infundios, líos,
historias, chismes y cuentos.
De mi bolsillo he pagado
lo que la encargan del pueblo:
merluza para el albéitar,
obleas para el maestro,
castañuelas para el cura,
para el juez unos arreos,
un corsé para la jueza
y para su padre un cuerno.
Ella me ha roto seis copas,
un quinqué y unos floreros,
me ha vertido la aceitera
sobre un traje casi nuevo,

y en fin, ¿qué más? el domingo,
tras una noche de perros,
entre angustias infinitas
y quejidos lastimeros,
representó el desenlace
de su embarazo estupendo
soltándome dos chiquillas
debajo del fregadero.
Todo, á cambio de unos cuantos
chorizos que en otro tiempo
quizá sobre cuatro patas
galoparon por el pueblo;
ítem más, de un par de tortas
y de un conato de queso
con gusanos mortecinos
incrustados en el centro.
¿Quieres más calamidades?
¡Qué paleta, Dios eterno!
¡Soltarme dos *paletillas*,
sobre las dos que ya tengo!
¿No encuentras justo mi enojo?
¿No era cosa de haber hecho
un *primocarnalicidio*
después del alumbramiento?
No estoy, pues, para coplitas.
Calcula cómo me veo
tan solo por obra y gracia
de la paleta de Meco,
y no extrañes que al pedirme
para tu paleta texto,
me acuerde yo de la mía
y se me ericen los pelos
y maldiga toda clase
de paletas, y en paletito
te diga: «Chiquia, perdona
que no te endilgue los versos.
Fírgate, sobrinica,
que el tío vivo se ta muerto,
y pídeselos al nuncio,
si tiés coraje pa hacerlo.»

Juan Pérez Simón.

LOS ESCÁNDALOS MUNICIPALES



—Si yo hubiera podido ser concejal y hubiera podido meter la cabeza en una comisión de esas... ¡cómo me estarían poniendo ahora! ¡Y con cuánta razón!



—Mira, Sebastiana, el caso es que nosotros debíamos hasta la respiración, y ahora estamos hechos unos señores. ¡Conque ríete tú de que saquen á relucir lo de la piedra partida!



—¡Rediez con el marqués de Cabriñana!
Les dice, echando rayos y centellas,
lo que le da la gana,
y ellos se callan ¡ay! como... doncellas.



—Yo lo que le digo á usted es una cosa: ¡á que no va nadie á presidio?

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



FABRICIO.

Decir *Fabricio* á secas es como no decir nada.

Fabricio es... cualquiera.

Cayo Fabricio Luscinio ya es otra cosa. Metido el *Fabricio*, á modo de emparedado, entre el *Luscinio* y el *Cayo* toma el nombre cierto saborcillo clásico muy agradable.

La historia, sin embargo, designa á nuestro personaje solamente con el vulgarísimo nombre de *Fabricio*.

Y esta vulgaridad ha sido causa de varias lamentables equivocaciones.

En un examen de Historia romana preguntó el profesor á uno de los alumnos menos aplicados:

—¿Qué sabe usted del cónsul Fabricio?

—Está bueno, gracias.

—¿Eh?

—Ayer tuvimos carta suya.

—¿Cómo! ¿Están ustedes en correspondencia con el famoso romano Cayo Fabricio?...

—¡Ah! Usted dispense. Como oí que me preguntaba por el cónsul Fabricio, creí que se refería usted á mi cuñado Fabricio Rodríguez, que está de cónsul de España en Perpignan.

—¡No, señor! Yo le preguntaba á usted por *Cayo*.

—¡Justo! Y yo le tomé por el *to-cayo*.

Los tres autores que tengo á la vista pasan por alto la infancia y adolescencia de Fabricio.

Yo, para no dejarlos en mal lugar, no quiero meterme en averiguaciones que, después de todo, á mí no me importan... ni á ustedes tampoco.

Tomo á mi hombre desde que era general.

Y conste que éste no era un general cualquiera, sino que se había ganado los entorchados á punta de espada y peleando como un valiente.

1, y sólo él, consiguió meter en cintura á los *Brucios*, á los *Samnitas* y á los *Lucanios*.

Los mejores poetas cantaron sus glorias en variedad de metros, y la musa callejera le dedicó también unas alaluyas que llegaron á hacerse populares en Roma.

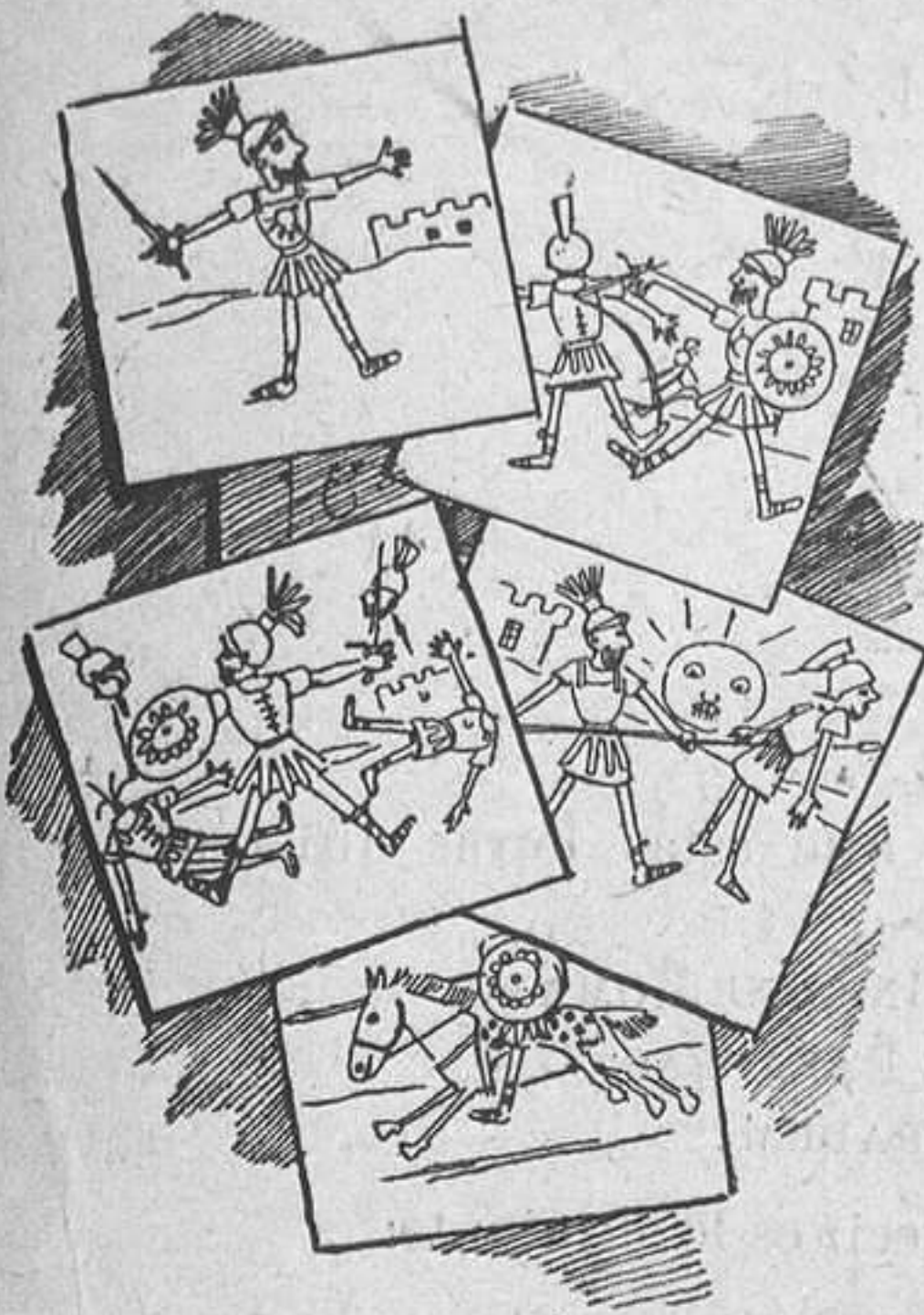
Ahí van unas cuantas que he logrado copiar de un *incunable* de la época:

«Tiene Roma á su servicio
al invencible Fabricio.

Y es Fabricio un general
muy decente y muy formal.

No hay enemigo insultante
que se le ponga delante.

Pues con la espada en la mano
derrota al género humano.



Lucha siempre en franca lid
y es más valiente que el Cid (1).

Los *Samnitas* le insultaron
y su pago se llevaron.

Con los *Lucanios* luchó
y al punto los derrotó.

Y dió una zurra á los *Brucios*
por cobardes y por sucios.»

Y no copio más por no molestar á
ustedes.

Si como general logró nuestro
héroe una gloria tan alta, no fué
menos la que alcanzó como hom-
bre de administración.

Su honradez era exagerada.

No tenía nada suyo. Lo que le
sobraba del sueldo lo repartía en-
tre los soldados, y vivía con una
humildad rayana en la miseria.

Le nombraron cónsul, y él, nada,
siguió como si tal cosa. Habitando

una modesta casita de las afueras de Roma y sin querer perci-
bir retribución alguna por el cargo.

Estaban entonces los romanos en guerra con el ambicioso
Pirro, que se *pirraba* por pelearse con todo bicho viviente.

Roma resistía con indomable heroísmo.

Pirro comprendió que era necesaria la paz y solicitó una en-
trevista con *Fabricio*.

Este no tardó en acudir á la cita.

Pirro, que era un tuno muy largo, trató de catequizar al in-
corruptible romano, y sabiendo que el pobre hombre no tenía
sobre qué caerse muerto, le ofreció, como presente, una gran
cantidad en monedas de oro nuevecitas...

—¿Y qué voy á hacer yo con ese dinero?—le preguntó el hon-
radísimo *Fabricio*.

—Te lo guardas, y en paz.

—A ese precio, prefiero que sigamos en guerra.

—Quiero decir que...

—No te molestes, *Pirro*. Agradezco mucho tu atención, pero
puedes guardarte esos cuartos, porque yo no los necesito para
nada.

Y se retiró á descansar en la habitación que ya le tenían dis-
puesta.

«Queriendo *Pirro* probar al día siguiente el decantado valor
de *Fabricio*, mandó á sus criados que, mientras estuviese ha-
blando con él, hiciesen poner á su mayor elefante detrás de
unos tapices. *Fabricio* jamás había visto ninguno de estos ani-
males. Llegó el momento de la entrevista, y cuando el romano
exponía tranquilamente las razones que tenía para no admitir
las imposiciones de *Pirro*, á una señal de éste se descorrieron
de pronto los tapices y apareció un enorme elefante, dan-
do un bramido terrible y levantando la trompa sobre la cabeza
de *Fabricio*.»



El cual, sin inmutarse, se volvió hacia el rey y le dijo son-
riéndose:

—¡Me hace gracia el animalito!

Y dijo el rey asombrado:

—¡Hombre, admiro tu valor!

(1) El Cid no había nacido todavía,
pero ya el pueblo aquel le presentía.

¡Animalito has llamado
al elefante mayor!
que en el Asia se ha criado!
¡Mírale! ¡Si es colosal!
Tu indiferencia glacial
¡vamos! me saca de quicio.
¿No te asusta ese animal?
Y le respondió *Fabricio*:
—*Pirro*, estás equivocado
si con animales tales
acobardarme has pensado,
que tú me has acostumbrado
á tratar con animales.»



Y dicha esta galantería, saludó respetuosamente y tomó
el camino de Roma sin ultimar las negociaciones diplomá-
ticas.

Continuó la guerra entre ambos ejércitos, y un día recibió
el cónsul *Fabricio* una esquela del médico de *Pirro* (¡buena
persona!) en que le prometía envenenar al rey mediante
una recompensa.

El cónsul cogió un pliego de papel y dirigió á *Pirro* la si-
guiente carta:



«Muy señor mío: Siento decirte que has escogido muy mal
tus amigos y tus enemigos, pues por la adjunta esquila de tu
médico de cámara, que acabo de recibir, verás que haces la
guerra á gentes honradas y, en cambio, te rodeas de malva-
dos. Te aviso esto, no para captarme tus simpatías (que no las
necesito), sino por temor de que se nos impute tu muerte á
traición. Con nuestro valor nos sobra para reventarte sin ne-
cesidad de acudir á las recetas de ese mediquillo despreciable.
¡Tuyo afectísimo enemigo que no te besa nada,

FABRICIO.»

Y, efectivamente, después de algunas palizas monumenta-
les, el gran *Pirro* fué derrotado, teniendo que volverse á su
país á uña de elefante.

Los romanos, admirados de la severidad de costumbres de
nuestro cónsul—mejor dicho, del suyo—le nombraron censor
juntamente con *Emilio Papio*, hombre de ejemplarísimas cos-
tumbres.

En una república como aquélla, que sólo se sostenía por la

honradez de sus ciudadanos, estaba mal mirado que los que ejercían algún cargo oficial acumulasen riquezas ó hiciesen ostentación de lujo en sus casas.

De Papiro se cuenta que la única plata que poseía era un platicillo toscamente cincelado en que hacía sus ofrendas á los dioses, y en cuanto á Fabricio, baste decir que toda la riqueza de su vajilla se reducía á un salero de plata con el pie de hueso, que no valía tres pesetas.

Por eso decía una poetisa romana:



«Fabricio, varón austero
y severísimo juez,
brillará por su honradez,
pero no por su salero.»

Los dos censores giraban de vez en cuando alguna visita á las casas de los principales personajes de Roma, y ¡ay de aquel que no viviera con modestia!

Un día—¡asómbrense ustedes!—«borraron de la lista á un senador llamado Cornelio Rufino que había sido dos veces cónsul y dictador, porque tenía en su casa ¡diez libras de plata la brada para el servicio de su mesa!»

¡Cómo cambian los tiempos! ¿Qué senador habrá hoy que no tenga para su uso particular cuatro docenas de cubiertos de plata... Meneses?

Después de muchos años de gobierno, la quebrantada salud de Fabricio le obligó á abandonar los negocios públicos, y se retiró á su miserable casucha, donde, sin más renta que la que le producían las pocas legumbres que él mismo cultivaba, acabó sus días víctima de una gastroenteritis, producida quizás por el abuso de las coles...



Su pobreza era tan grande, que tuvieron que enterrarle de limosna. Y ¡oh ingratitud humana! ¡á la conducción del cadáver no asistió ni un sólo carruaje!

Un amigo y admirador del infortunado Fabricio le dedicó este cabalístico epitafio:

C. F. L. I. R.

F. S. V. P.

¡P. H!

Un insigne arqueólogo asegura que estas letras quieren decir:

CAYO FABRICIO LUSCINIO INSIGNE ROMANO.
FUERON SUS ULTIMAS PALABRAS:
¡PROBIDAD. HONRADEZ!

Pero yo creo que lo que quieren decir es lo siguiente:

¡CUÁNTA FUÉ LA INGRATITUD ROMANA!
FALLECIÓ SIN UNA PESETA
¡POBRE HOMBRE!

Vital Oza.

Por si acaso.

Sin que yo me explique
el *por qué* ni el *cómo*,
salgo en los papeles
hecho un Eccehomo.

No he visto retrato
ni caricatura
que copie fielmente
mi hermosa figura.

Una vez con ojos
de cordero muerto;
otras veces, bizco;
otras veces, tuerto;
¡otras veces, chatol...
(No te escandalices,
lector, que la cosa
no tiene narices.)

Sin ser yo bonito,
en cuanto me veo,
me digo «¡Este mono
es mucho más feo!»

Mi mujer, al verme,
se enfurece y llora.
¡Qué sustos se lleva
la pobre señora!

«¡Mi esposo no es ésel
¡Mi Pepe es más guapo!»
repite afligida
al soltar el trapo.

Y si coge á un chico
en brazos la madre,
«¿Verdad (le pregunta)
que éste no es tu padre?»

Si el muchacho afirma,
¡pues es una guasal!
Figúrense ustedes
cómo quedo en casa.

Por eso prefiero,
al dar mi retrato,

sin ver si he salido
bizco, tuerto ó chato,
decirles á ustedes,
amables lectores:
«¡El de la portada
no soy yo, señores!
¡Es uno con barbas,
que más que de artista
tiene á todas luces
cara de anarquista!»

Nada: *por si acaso*,
protestar decido,
y por si saliese
poco parecido,
desde estas columnas
sepan los mortales
mis breves y exactas
señas personales.

Los ojos son garzos;
la boca, risueña;
las orejas, chicas;
la nariz, PEQUEÑA.

La frente espaciosa
declara al momento
que soy un muchacho
de mucho talento.
El bigote, escaso;
la barba corrida,
color de castaña
algo florecida.

No soy por mi altura
una figuraza.
Mayor que *Salvany*
y menor que *Aza*.

Y, hecho mi retrato
confesarles quiero
que soy *muy gracioso*...
¡y muy embusterol!

José Jackson Veyán.

DESDECHAS HUMANAS

Hay hombre que en la cuna
recibe por herencia una fortuna,
tiene cuanto le place,
no hay azotaina que le quite el sueño,
todos respetan sus caprichos, y hace
su santa voluntad desde pequeño.

Luego gasta el dinero, lo derrocha
en vicios y en placeres;
se emborracha, trasnocha
y se enfanga en el juego y las mujeres.

¿Trabajar? ¡Eso no! que un caballero
de la alta y linajuda aristocracia

ignora la importancia del dinero,
que en eso justamente está la gracia.

Cuanto le brinda espléndida la suerte
lo sorbe, lo deshace, lo liquida
y espera la llegada de la muerte...
pasando la gran vida,
y dando tropezones
en millones y deudas de millones.

Al fin y de repente
el crédito, la fuerza que le anima,
todo se acaba simultáneamente
y el mundo entero se le viene encima.

Y cuando, ya podrido hasta los huesos,
se levanta la tapa de los sesos,
todos exclaman: —¡Pobre criatura!
¡No pudo resistir su desventura!

Sinesio Delgado.

COPLAS

Hace un mes no me querías
y hoy me vienes con suspiros:
vamos, que tú das más vueltas
que un caballo del *Tío Vivo*.

Toma, toma, toma, toma,
toma medio caramelo;
toma, toma, toma, toma,
que yo tomo el otro medio.

Mas te valiera, muchacha,
cuando vienes á bailar,

que no te *alabases* tanto
y que te *lavases* más.

Anda, vé y díle á tu madre
que le diga al señor cura
que vaya á contarle al nuncio
que te quiero con locura.

No me venga usted con polos,
seguidillas ni fandangos:
yo aprendo las carceras
en la cárcel de sus brazos.

Manuel Lassa y Nuño



Un diputado conservador ha apostado
con un periodista á que el día 24 de Di-
ciembre está Martínez Campos de regreso

en la Península y el señor Maura en el ministerio de Ultramar.

¡El 24 de Diciembre!
Soy periodista en diez pesetas.

Sigue dando juego la cuestión del beneficio de los pobres... empresarios del Teatro Español. Ahora sale Sarah Bernhardt con las peteneras siguientes:

«Por lo que á ella personalmente se refiere afirma que no recibió ni un real; y por lo que se relaciona con su empresario y éste apenas percibió lo que le correspondía á él y á la compañía.»

¡Caramba! ¿Qué será eso de que *apenas percibió*? ¿Cómo se percibe apenas? ¿O se percibe ó no se percibe, ¡porra!

Y ¿en qué concepto *le correspondía* algo al empresario de Sarah en el beneficio de los pobres?

¿Es que está también en las más espantosa miseria?

Pero dejando aparte esos tiquis miquis, el caso es que los beneficiados no han recibido (suponiendo que á estas horas hayan llegado á sus manos, cosa que ignoramos absolutamente) más que dos mil setecientas pesetas y que faltan ocho mil y pico.

Lo chusco es que, por lo visto, no hay modo de hacer que diga una palabra quien tiene la clave del misterio. Es decir, la contaduría del Teatro Español.

Esto de los beneficios para socorrer á los menesterosos ó para aliviar calamidades ha pecado siempre del mismo defecto.

Se le anuncia al público que va á hacerse, con su concurso, una obra de caridad; la función se celebra, se da al beneficiado ó beneficiados lo que se quiere, ó no se les da nada, y aquí paz y después gloria.

¡Ni á Dios se le dan explicaciones!

Parecía lo natural que el público tuviese derecho á que le presentaran cuentas detalladas de ingresos y gastos...

Pero ¡que si quieres, Juana!

Leo:

«Máximo Gómez ha dictado una orden salvaje, mandando que sean destruidos los ingenios, que sean incendiadas las casas y los ferrocarriles, y

que sean pasados por las armas todos los obreros que trabajen en los ingenios.»

Nosotros habremos contestado á esa orden, supongo yo, ofreciendo una cajetilla y un par de merengues á cada insurrecto que sea cogido con las armas en la mano. Porque ó se es ó no se es caritativo y generoso.

Y... vayamos pensando en el destino que tenemos que dar al señor Gómez cuando se acabe la guerra. Porque después de esos incendios, fusilamientos y talas... no se va á conformar con menos de cincuenta mil reales y honores de jefe de administración.

Continúo leyendo:

«En Sabana la Mar tienen taller de zapatería y de recomposición de armamento.»

¡Mire usted qué demonio! Yo creía que los insurrectos andaban siempre á salto de mata, sin domicilio fijo, y que no había modo de echarles la vista encima, y ahora resulta que tienen sus talleres, y hijos, y que se sabe, y que...

Vamos, y que no se le ha ocurrido á nadie acercarse á Sabana la Mar á invitarles á que suspendan los trabajos.

Cortésmente, eso sí. Nada de devastación ni de incendio.

¡Eso se queda para Máximo Gómez!

Supongo que estará á punto de agotarse la primera edición del drama *Juan José*, de Dicenta, ó no hay justicia en este mundo.

Pues bien, cuando se haga la segunda, aconsejo al autor que no se olvide de insertar en la cubierta el siguiente suelto de contaduría que han publicado todos los periódicos:

«Á pesar del gran éxito que ha obtenido el drama *Juan José* y de las entradas que viene proporcionando, la empresa de la Comedia, deseosa de complacer á los señores abonados que la honran y dar variedad al espectáculo, ha decidido interrumpir las representaciones de dicha obra en las noches correspondientes al turno primero, de acuerdo con el autor señor Dicenta, que se ha prestado á ello gustoso.

Á los señores abonados á los turnos segundo y tercero que deseen aprovechar esta variación se les canjearán sus localidades por otras equivalentes en el turno primero mientras se represente el citado drama.»

Porque es muy conveniente que las generaciones venideras, cuando estudien la literatura dramática y el gusto del público en este fin de siglo sepan á que atenerse respecto á los señores abonados que honran al Teatro de la Comedia.

Libros:

¡*No nos ha visto Dios!*, pequeño poema de D. Luis Cordavias, versificado con corrección y soltura.

La maja, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela, donde continúa representándose.

Turbas y espectáculos, colección de poesías, notables en su mayor parte, de distintos géneros, por D. Enrique Redel. Precio: 2 pesetas.

¡*Sólo él!*, monólogo en verso, original de D. Francisco Bello Sanjuán, estrenado en el Teatro Principal de Logroño.

Catálogo de los grandes almacenes de «El Siglo», de Barcelona. Temporada de invierno de 1895-96.

El último capricho y *La familia de la estación*, ensayos de narraciones, por D. Adolfo Luna. Pequeñas novelas á que el autor ha sabido dar interés grandísimo, en un estilo ameno y correcto.

Pólvora en salvas, versos de D. José Frutos Baeza, con un prólogo de D. Carlos Cano. Lindísima colección de poesías que revelan en su autor sus relevantes condiciones. Precio: una peseta.

La caza del tigre, zarzuela cómica en un acto, en prosa y verso, original de los Sres. Escacena y Muñoz Esteban, música del maestro San José, estrenada recientemente con gran aplauso en el Teatro Martín.

Almanaque Kneipp para 1896. Precio: una peseta.

Versos, de D. Fulgencio Barado. Hay en este tomo composiciones serias verdaderamente notables, que acreditan al autor de poeta de cuerpo entero.

Juan José, de Joaquín Dicenta. Ha llamado este drama justa y poderosamente la atención del público. La crítica lo ha elogiado sin reservas y su autor ha pasado á ocupar un puesto en la primera fila de nuestros dramaturgos. Guardaremos, pues, como oro en paño el ejemplar que galantemente nos dedica.

Manual del empleado, consultor de los funcionarios civiles del Estado. Obra completa, que contiene cuantos datos son necesarios para los que viven tranquilamente de la nómina, escrita por D. Enrique Mhartín Guix y editada por la casa Bailly-Bailliére.

Volanderas, por D. Miguel Eduardo Pardo. Colección de artículos de crítica y costumbres, ilustrados por Pons. Figuran además en el libro unas cuantas semblanzas de escritores contemporáneos, hechas con gran conocimiento de la familia y gracejo inimitable.

¡*Aleluyas!*, artículos de Manuel Matoses, modelos de observación y de gracia fina. Forman el tomo 31 de la *Colección diamante*, que se vende, como los demás, á 50 céntimos.

Primera medalla, comedia en un acto y en verso, original de Jackson, estrenada con grandísimo éxito en el Teatro de Lara, donde se aplaude todas las noches.

Los derechos del hijo, interesantísima novela de Jorge Ohnet. Un tomo de 400 páginas. Precio: 3,50 pesetas. Librería de Fe.

Cursilones se titula el último libro de nuestro saladísimos Taboada. De él se ocupó extensamente *Clarín* en su último palique. Sólo tenemos que añadir que se vende, y muy bien por cierto, á 3,50 pesetas el ejemplar.

Los amigos de Benito, zarzuela cómica en un acto y en verso, arreglada del francés por los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Santonja, estrenada con buen éxito en el Teatro Romea.

Últimos pasavolantes, retratos sin retoque, por Argos, con un prólogo de D. Antonio Peña y Goñi. Compone este libro una colección de artículos humorísticos, hechos con verdadera sal y estilo brillante. Precio: 1,50 pesetas.

Literatura, acertados estudios críticos de diferentes personalidades artísticas; Fray Candil, Galdós, Clarín y otros muchos, por D. J. Martínez Ruiz. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tengo esta semana más cartas que nunca y menos espacio que otras veces. ¡Dios y ustedes me lo perdonarán, pero no hay más remedio que abreviar todo lo posible! He leído todas las composiciones recibidas y siento no poder aprovechar ninguna; contestaré, pues, únicamente á los que necesitan respuesta. Manos á la obra.

Traspuntín.—¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues juro á Dios que la bromita tiene gracia de veras.

Sil-B. la.—Copio el principio del soneto por estar dedicado á Cánovas Nada más que por eso.

«¡Ilustre prócer de la mar inquieta,
tú eres el sisma que el amor agota
tú eres el aura que inventó el profeta
allá en la selva que en los mares brota!»

Para que se vea que en Sanlúcar de Barrameda también hay buen humor y *salú pa gastalo*.

Chinorro.—Mal versificado no está eso del todo. Pero los asuntos no valen la pena. El cuento es picante como una guindilla, y viejísimo y co nocidísimo.

Sr. D. G. G.—Empecemos... y llegaremos hasta donde podamos.

«Arrulla en los brazos con ternura
el padre con amor ardiente
al hijo que cree que es evidente
de su entraña. Y su mujer impura
contempla también á la hermosura...»

¡Ay! Ya no podemos seguir, ¿verdad?

Sr. D. M. S. G.—No, aquello no iba con usted. Y bien claro estaba, puesto que los cantares no están escritos en variedad de metros.

Sr. D. G. S.—Puesto que se trata de un asunto íntimo, que á usted le interesa grandemente, voy á publicar siquiera unos cuantos versos.

«Á pesar de tu epicrósís yo ¡ahl te amo
por lo que yo diré en este soneto:
tus ojos negros son cual arisprieto
y tu hábito perfuma como un ramo.
Absórbeme la sangre (yo me escamo)
cual dermaniso cruel y anacoreto...»

¡Caramba! ¿No sospecha usted que ella no va á entender una sola palabra? Uno de los adyacentes.—Me gusta extraordinariamente por el sentimiento patriótico que *la anima*. Tanto es así que voy á copiarla íntegra, á pesar de la falta de espacio:

«Á MARTÍNEZ CAMPOS

Guerra sin cuartel á esos malvados,
que asolando por do quier la rica Antilla
convierten sus campos tan lozanos
en páramos horribles sin semilla.

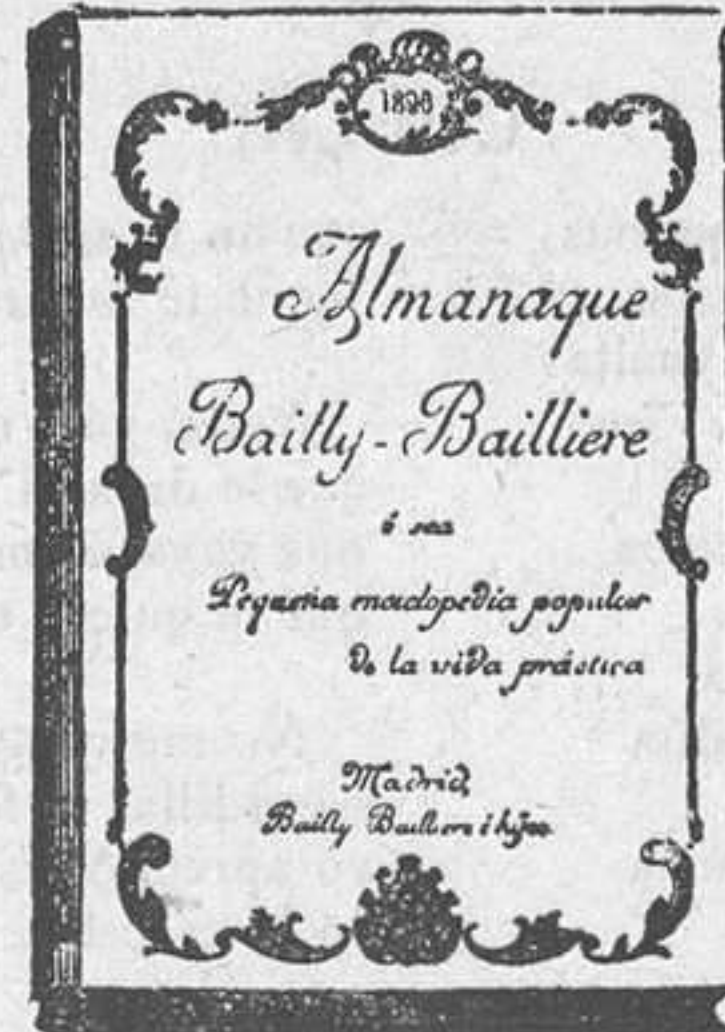
No tengas dellos piedad, ve por la gloria,
dales con las de alambre y en buen sitio
que el pueblo soberano todo á un grito
habrá de vendecir la tu memoria.»

¡Así ¡así es como se ha de acabar la guerra, lo demás es andarse con paños calientes!

**ALMANAQUE
BAILLY-BAILLIERE**

PEQUEÑA ENCICLOPEDIA POPULAR DE LA VIDA PRACTICA
PARA 1896

PRECIO
EN
RÚSTICA
1^{PTA.},50

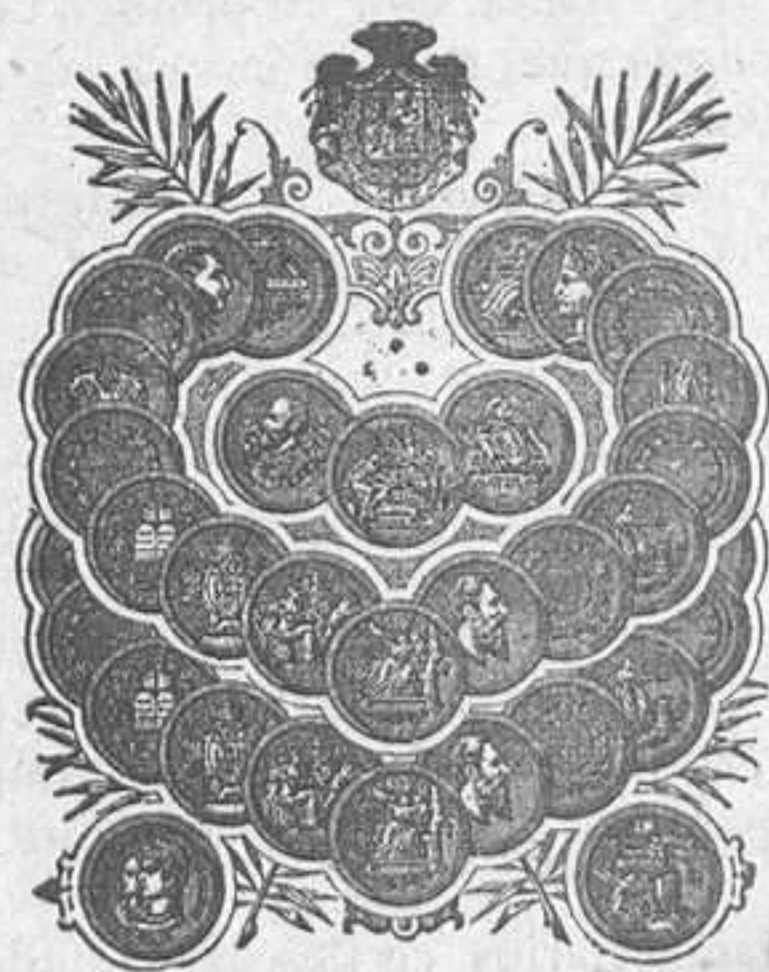


PRECIO
EN
CARTÓN
2^{PTAS.}

Un tomo en 12.º de unas 500 páginas, 10 mapas y 1.000 figuras.
Texto completamente nuevo para 1896.

CON LAS SIGUIENTES VENTAJAS

- 1.º Una suscripción gratis durante un mes á **MON JOURNAL**.
- 2.º Una fotografía gratis que harán los fotógrafos siguientes:
Alicante, F. S. Soler.—Barcelona, A. y F. dits Napoleón.—Bilbao, Jorge Ri-chou.—Cádiz, Rafael Rocafull.—Coruña, José Sellier.—Granada, José Ayola (hijo).—Huelva, Diego Pérez Romero.—Madrid, Dámaso Fuertes.—Murcia, Juan Almagro.—Pontevedra, Francisco Zagala.—San Sebastián, Leopoldo Ducloux.—Santander, Leopoldo Linacero.—Sevilla, Luis E. Escacena.—Valencia, Antonio García.—Zaragoza, Anselmo M. Cosme.—San Juan de Puerto Rico, Feliciano Alonso.—Buenos Aires, Samuel Boote.—Guayaquil, Enrique Fiel.
- 3.º Bonos dando derecho á descuentos en las Casas siguientes:
En Madrid: Bazar de la Unión.—Camisería, J. M. Baranda.—Corrés, F. Regález.—Chocolates, Diez Gallo.—Flores artificiales, G. Kuhn.—Hules, J. Morales.—Mapa de España y Plano de Madrid, Bailly-Bailliere é hijos.—Perfumería, C. Arregui.—Sastrería, P. Escudero.—Velocipedos, F. Lozano.
En Barcelona: Oleografías, Montaner y Simón.
- 4.º Tres concursos con los premios siguientes:
3 Relojes de bolsillo de la tan acreditada fábrica Waltham de oro, plata y acero.
5 Cajas de doce botellas de vino de Pedro Domecq, de Jerez.
3 Objetos religiosos: un S. Antonio de Padua, un rosario y un devocionario.



COGNACS

Puros de vino garantizados
Elaboraciones y soleras desde 1887

GRAN DESTILERIA SISTEMA A VAPOR CHARENTAIS
7 Grandes Medallas de Oro; 35 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Fídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

Con el fin de que en España
pobres y ricos disfruten,
á precio tan vil que extraña
se dan las sopas de *gluten*.

LIBERALE Y CALVENTE
Fábrica: Trafalgar, 9.
Venta: principales Ultramarinos.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

**GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS**



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. C. Hernández, Libertad, 26 dup.º